



JOSEPHINE ANGELINI

PREDESTINADOS



«Una serie preciosa y cautivadora que me sedujo por completo.»

Lauren Kate, autora de *Oscuros*



Predestinados

Josephine Angelini

Traducción de María Angulo Fernández

Rocaeditorial

Título original: *Starcrossed*
Copyright: © 2011, Josephine Angelini

Primera edición: abril de 2011

© de la traducción: María Angulo Fernández
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-9918-235-3
Depósito legal: NA. 607-2011

Impreso por Rodesa

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

—**P**ero si me compraras ahora un coche, podría ser tuyo cuando acabara el instituto, dentro de un par de años. Estaría prácticamente nuevo —dijo Helena con optimismo.

Desafortunadamente, su padre no era tan fácil de engañar.

—Lennie, solo porque el estado de Massachusetts crea que los adolescentes de dieciséis años pueden conducir... —empezó Jerry.

—Casi diecisiete —le recordó Helena.

—...no significa que esté de acuerdo —finalizó. Jerry llevaba ventaja, pero ella se resistía a darlo todo por perdido.

—Ya sabes que el *Cerdo* solo aguantará un año más, dos como mucho —insistió Helena refiriéndose al viejo Jeep Wrangler que su padre conducía y que sospechaba que podría haber estado aparcado en el castillo donde se firmó la Carta Magna—. Piensa en todo el dinero en gasolina que nos ahorraríamos si compráramos un híbrido, o incluso un coche eléctrico, papá.

—Ajá... —fue todo lo que dijo su padre.

Ahora sí había perdido definitivamente.

Helena Hamilton refunfuñó para sí misma y desvió la mirada hacia la verja del transbordador que la iba a llevar de nuevo a Nantucket. Un año más se repetía la misma historia; iría al instituto en bicicleta y en noviembre, cuando la capa de nieve fuera demasiado gruesa, se vería obligada a pedirle a alguien que la llevara o, peor aún, a coger el autobús. Con solo pensar-

lo le daban escalofríos, de modo que intentó quitarse ese recuerdo de la cabeza. Algunos de los turistas que habían ido a pasar el Día del Trabajo* a la isla la observaban con detenimiento, lo cual era bastante habitual. Intentó mirar hacia otro lado de la forma más sutil y discreta que pudo. Cuando se miraba en el espejo, lo único que veía era lo básico: dos ojos, una nariz y una boca, pero todas las personas que no eran de la isla tendían a quedarse embobadas, incapaces de apartar la vista de Helena, lo cual le resultaba tremendamente molesto.

Por suerte para ella, la mayoría de los turistas que la acompañaban en el transbordador estaban ahí por las vistas y el increíble paisaje de la isla a finales de verano, y no para inmortalizar su retrato. Estaban tan decididos a admirar esa belleza que parecía que se veían obligados a exclamar «oohhh» y «aahhh» ante cada maravilla del océano Atlántico, aunque Helena no lograba comprenderlo. En su opinión, crecer en una isla diminuta era una lata, todo un fastidio, y no veía el día de irse a la universidad y salir de esa isla, de Massachusetts y de toda la costa Este de los Estados Unidos.

8

No es que despreciara su vida familiar, de hecho, se llevaba a las mil maravillas con su padre. Su madre los había abandonado cuando ella no era más que un bebé, pero Jerry enseguida aprendió a prestar la cantidad exacta de atención a su hija. No merodeaba a su alrededor constantemente, aunque siempre estaba allí cuando le necesitaba.

Aunque en esos momentos estaba resentida por la discusión sobre el coche, sabía que no podría tener un padre mejor.

—¡Hola, Lenny! ¿Qué tal va ese sarpullido? —preguntó una voz familiar.

Era Claire, la mejor amiga de Helena. Apartaba de su camino a los turistas, vacilantes e inseguros por el movimiento de las olas, con unos empujones dignos de admiración y con una astucia verdaderamente artística.

Los excursionistas, de apariencia ridícula y algo bobalicona, viraban con brusquedad cuando ella pasaba por su lado, como si se tratara del *quarterback* de un equipo de fútbol y no de una delicada y diminuta chica con aspecto de elfo que se aguantaba

* En EE.UU., el primer lunes de septiembre. (*N. de la E.*)

con elegancia y delicadeza sobre unas sandalias de plataforma. Claire serpenteó con relativa facilidad entre los diversos traspies y tropiezos que ella misma había ocasionado y se deslizó junto a Helena, que estaba frente a la verja.

—¡Risitas! Ya veo que tú también has ido a comprar cosas para la vuelta al cole —saludó Jerry mientras señalaba las abarrotadas bolsas de Claire.

Claire Aoki, alias *Risitas*, era tan excepcional que incluso podía resultar intimidante. Cualquiera que echara un vistazo a su frágil y quebradiza silueta y a sus rasgos asiáticos sin reconocer un espíritu luchador innato corría el riesgo de sufrir terriblemente a manos de una oponente a menudo demasiado subestimada. El apodo era su cruz personal. La llamaban así desde que era un bebé. En defensa de sus amigos y su familia, cabe decir que resultaba imposible resistirse a ese mote. Claire tenía, sin duda alguna, la mejor risa del universo. Jamás forzada ni estridente, era ese tipo de carcajada que hace que cualquiera que esté alrededor sonría tímidamente.

—Desde luego, queridísimo padre-de-mi-mejor-amiga-para-siempre —respondió Claire. Abrazó a Jerry con un cariño genuino, ignorando por completo el hecho de que había utilizado el apodo que ella tanto detestaba—. ¿Podría tener unas palabras con tu hija en privado? Siento ser tan grosera, pero es un asunto confidencial, *top-secret*. Te lo diría... —empezó Claire.

—Pero entonces te verías obligada a matarme —concluyó Jerry, sabiamente. Se alejó arrastrando los pies hacia un puesto de comida rápida, donde compró un refresco azucarado aprovechando que su hija, que siempre controlaba todo lo que comía, como si se tratara de una policía alimentaria, no miraba.

—¿Qué te has comprado? —preguntó Claire. Agarró rápidamente las bolsas de Helena y empezó a revolver el interior—. Unos tejanos, una chaqueta de punto, una camiseta y ropa... ¡Guau! ¡Te has ido de compras de ropa interior con tu padre! ¡Bah!

—¡No es que tenga elección, la verdad! —se quejó Helena mientras le arrebatava la bolsa repleta de ropa interior—. ¡Necesitaba sujetadores nuevos! De todas formas, mi padre se esconde en la librería mientras me la pruebo. Pero créeme, incluso a sabiendas de que está en la otra punta de la calle, comprar

ropa interior es insoportable —admitió al fin algo ruborizada y sonriendo con timidez.

—No puede ser tan bochornoso. Y no nos engañemos, tú tampoco vas a comprarte algo *sexy*. Por el amor de Dios, Lennie, si te vestes igual que mi abuela —comentó Claire mientras sujetaba un par de braguitas blancas de algodón.

Helena le arrancó de las manos esas bragas de abuelita y las metió de nuevo en el fondo de la bolsa mientras su mejor amiga esbozaba su magnífica sonrisa.

—Lo sé, soy tan pazguata que creo que se ha convertido en algo vírico —replicó Helena, perdonando así las burlas de su amiga, como siempre—. ¿No te asusta que pueda contagiarte y te transformes en una perdedora como yo?

—Para nada. Soy tan formidable que me considero inmune. De todas formas, los pazguatos sois los mejores. Sois todos deliciosamente corruptibles. Y me encanta ver cómo te ruborizas cada vez que menciono tu ropa interior.

10 De repente, dos parejas que querían fotografiarse se entrometieron entre las dos amigas. Claire, valiéndose de los balanceos de la cubierta, empezó a dar codazos a los turistas que entorpecían su camino con tan solo uno de sus movimientos de equilibrio de ninja. Tambaleándose a trompicones y riéndose sobre el «mar picado», ni siquiera advirtieron que Claire los había rozado. Helena jugueteaba con el colgante en forma de corazón del collar que siempre llevaba y aprovechó la oportunidad para encorvarse ligeramente hacia la verja y estar más a la altura de su amiga.

Por desgracia para la tímida Helena, era una adolescente llamativa, puesto que medía más de metro ochenta, y subiendo. Había rogado a Jesús, a Buda, a Mahoma y a Vishnú para dejar de crecer, pero todavía notaba esos dolorosos calambres que le recorrían los músculos de los brazos y piernas cada noche. Se prometió a sí misma que si alcanzaba los dos metros escalaría la verja de seguridad del faro de Siasconset y se lanzaría desde la cima al vacío.

Las dependientas de las tiendas de ropa siempre le recordaban la suerte que tenía, pero lo cierto era que no lograba encontrar unos pantalones que le sentaran a la perfección. Helena ya se había resignado a la idea de que si quería comprarse unos

tejanos asequibles que fueran lo bastante largos tendría que escoger unos de varias tallas más grandes, pero si prefería que no se le cayeran, no tendría más remedio que pasar frío en los tobillos. Helena estaba bastante segura que las vendedoras «perversamente celosas» no iban por ahí con los tobillos congelados. O enseñando el culo.

—Ponte derecha —ordenó de forma automática Claire al ver que su mejor amiga se encorvaba.

Helena obedeció de inmediato. Su amiga estaba obsesionada con eso, algo que solía atribuir a su madre japonesa, extremadamente correcta, y a su abuela, que siempre lucía un kimono y que incluso era aún más correcta.

—¡De acuerdo! Vayamos al grano —anunció Claire—: ¿recuerdas aquella gigantesca y millonaria parcela propiedad de un jugador de los New England Patriots?

—¿La que está en Sconset? Claro que sí. ¿Qué ha pasado? —preguntó Helena mientras se imaginaba la playa privada de aquella mansión. Al recordar que su padre jamás ganaría bastante dinero para comprar una casa cerca del mar, la muchacha se sintió aliviada.

Cuando no era más que una niña, Helena estuvo a punto de ahogarse y, desde ese mismo instante, se convenció, en secreto, de que el océano Atlántico estaba decidido a asesinarla. Siempre había preferido no compartir esa pequeña paranoia con nadie..., sobre todo porque seguía siendo una pésima nadadora. A decir verdad, era capaz de mantenerse a flote durante varios minutos, pero le desagradaba sobremanera aquella sensación. Al final, siempre se hundía como si de una piedra sólida se tratara, sin importar sus esfuerzos por agitar los pies e independientemente de la cantidad de sal marina que contenía el océano.

—Al fin se ha vendido a una familia muy numerosa —informó Claire—. Puede que se trate de dos familias. No sé muy bien cómo va la cosa, pero supongo que los dos padres son hermanos. Los dos tienen hijos, así que imagino que deben de ser primos, ¿verdad? —comentó Claire arrugando la frente—. Bueno, da igual. Lo importante es que sea quien sea quien se ha mudado allí tiene un montón de niños. Y todos rondan más o menos la misma edad. De hecho, hay un par de chicos que irán a nuestro mismo curso.

—Y déjame adivinar —interrumpió Helena del todo inexpresiva—, has echado las cartas del tarot y has visto que los dos se van a enamorar perdidamente de ti y que tarde o temprano se enzarzarán en una pelea de vida o muerte por tu amor.

Claire le atizó una suave patada en la espinilla.

—No, tonta. Hay uno para cada una.

Helena se acarició la pierna, para fingir que le había hecho daño. Pero aunque su amiga le hubiera golpeado con todas sus fuerzas, jamás sería lo bastante fuerte como para dejarle un moretón.

—¿Uno para cada una? Eso es demasiado poco dramático para ti, Claire —bromeó Helena—. Es demasiado sencillo. No me lo creo. ¿Qué te parece esto? Las dos nos enamoramos del mismo chico, o del chico equivocado, o del que jamás nos amará, y entonces tú y yo nos enfrentamos a un duelo a vida o muerte.

—¿Se puede saber a qué viene tanto parloteo? —preguntó con dulzura Claire mientras contemplaba sus uñas, fingiendo así no entender los comentarios de Helena.

12

—Por favor, Claire, eres demasiado predecible —explicó Helena entre carcajadas—. Cada año desempolvamos esa baraja de cartas que compraste en Salem aquella vez que fuimos de excursión y siempre predices que algo asombroso y alucinante nos va a ocurrir. Pero cada año lo único que me asombra y alucina es que no hayas caído en un coma de aburrimiento antes de Navidad.

—¿Se puede saber por qué te resistes a creerlo? —protestó Claire—. Sabes que en algún momento nos ocurrirá algo maravilloso. Tú y yo somos demasiado fabulosas para ser normales y corrientes.

Helena se encogió de hombros.

—Yo soy feliz siendo normal y corriente. De hecho, creo que mi mundo de vendría abajo si, para variar, predijeras algo que se cumpliera.

Claire inclinó la cabeza hacia un lado y clavó la mirada en su amiga durante unos instantes. Helena se despeinó de tal manera que los mechones de cabello le taparon el rostro. Odia-ba que la contemplaran fijamente.

—Lo sé. Pero para serte sincera no creo que «normal y corriente» funcione contigo —confesó Claire con aire pensativo.

Helena cambió de tema en un abrir y cerrar de ojos. Estuvieron charlando sobre los horarios de clases, de atletismo y de si deberían o no cortarse el flequillo. Ella deseaba un cambio, pero Claire se oponía en rotundo a que Helena tocara su maravillosa cabellera rubia con unas tijeras. De repente, las dos amigas se percataron de que estaban merodeando muy cerca de lo que la gente denominaba la «zona de pervertidos» del transbordador, así que de inmediato retrocedieron a toda prisa.

Las dos detestaban esa zona, aunque Helena era mucho más susceptible. Le recordaba a aquel tipo repulsivo y espeluznante que estuvo persiguiéndola durante todo un verano, hasta que un día desapareció, sin más. En vez de sentirse aliviada al saber que jamás volvería a encontrárselo, tenía la vaga sensación de haber hecho algo mal. Jamás se lo había confesado a Claire, pero, en un momento dado, cuando se acercó a ella saltó una especie de relámpago muy brillante y pudo percibir el inconfundible hedor de cabello quemado. Después, el tipo desapareció sin dejar ni rastro. Cada vez que pensaba en aquel episodio de su vida, se estremecía, pero intentaba tomárselo con humor, como si aquello hubiera sido una broma pesada. Se obligó a esbozar una sonrisa y permitió que Claire la arrastrara hacia otra parte del transbordador.

Cuando llegaron al muelle, Jerry se unió a ellas y los tres desembarcaron. Claire se despidió y prometió que, si podía, iría a ver a Helena al trabajo al día siguiente, lo cual era bastante improbable, teniendo en cuenta que era el último día de las vacaciones de verano.

Helena trabajaba unos días a la semana para su padre, que era copropietario de una de las tiendas tradicionales de la isla, de esas de toda la vida. Además del periódico matutino y de una taza de café caliente y humeante, la tienda también ofrecía caramelos de sal marina, golosinas por un penique, caramelos y dulces que ocupaban jarras de cristal y cordones de regaliz que vendían en el astillero. Siempre había flores frescas recién cortadas, tarjetas de felicitación elaboradas a mano, regalos divertidos y trucos mágicos, cachivaches típicos para los turistas y una nevera con alimentos básicos, como leche o huevos.

Unos seis años atrás, la tienda había expandido sus horizontes y había adquirido Kate's Cake's. Desde entonces, el negocio

subió como la espuma. Kate Rogers era simple y llanamente una maestra de la repostería. Con cualquier cosa era capaz de hacer una tarta, un pastel, un panecillo, una galleta o una magdalena. Incluso las verduras menos apetecibles, como las coles de Bruselas o el brócoli, sucumbían a las artimañas de Kate para convertirse en un relleno de cruasán que causaba furor.

A sus treinta y pocos años seguía siendo creativa y astuta. Cuando se asoció con Jerry modernizó la parte posterior de la tienda y la convirtió en un paraíso para los escritores y artistas de la isla. De alguna forma se las había arreglado para conseguir un resultado que no incluía el «factor esnob». Kate era extremadamente cuidadosa y siempre procuraba que todos aquellos que apreciaran la repostería y un buen café, desde altos ejecutivos hasta poetas, pasando por los trabajadores isleños y los tiburones empresariales, se sintieran cómodos sentados en su mostrador leyendo el periódico. Sabía perfectamente cómo conseguir que todo el mundo se sintiera bienvenido. Helena la adoraba.

14

Cuando Helena fue a trabajar al día siguiente se encontró a Kate intentando colocar una entrega de harina y azúcar. A decir verdad, Kate era muy blandengue.

—¡Lennie! Gracias a Dios que has llegado. ¿Podrías ayudarme...? —balbuceó mientras señalaba los sacos de veinte kilos.

—Ya está, lo tengo. No tires de la esquina así o te harás daño en la espalda —advirtió Helena mientras se apresuraba a detener los jalones en vano de Kate. Alzó el primer saco y lo colocó fácilmente sobre su hombro—. ¿Por qué no te ha ayudado Louis con esto? ¿No trabajaba esta mañana? —preguntó Helena, aludiendo a uno de los trabajadores que también tenía el turno de mañana.

—¿Cómo lo haces? Dios, ojalá fuera tan fuerte como tú —deseó Kate—. El pedido llegó después de que Louis acabara su turno. He intentado aparcarlo hasta que llegaras tú, pero un cliente casi se tropieza y lo mínimo que podía hacer era fingir que iba a mover esos malditos sacos.

—¡Menuda tragedia! —exclamó Helena mientras se dirigía caminando hacia su puesto de trabajo.

Abrió el saco y vertió un poco de harina en un envase de plástico que Kate tenía en la cocina. Mientras la joven apilaba

con sumo cuidado el resto del pedido en el almacén, Kate le sirvió una limonada rosa burbujeante. A Helena le encantaba ese refresco típico de Francia, uno de los muchos lugares desconocidos que se moría por visitar.

—Lo que me resulta extraño no es tu asombrosa fortaleza, teniendo en cuenta tu delgadez. Lo que me tiene alucinada —dijo mientras troceaba unas cerezas y unos tacos de queso como tentempié para Helena— es que parece que nunca te cansas. Jamás te he visto jadear ni sudar. Ni siquiera con este calor tan sofocante.

—Sí que jadeo —mintió Helena.

—Suspiras, que es distinto.

—Sencillamente tengo los pulmones más grandes que los tuyos.

—Pero al ser más alta, necesitarías más oxígeno, ¿o no?

Brindaron con sus respectivos vasos y probaron la deliciosa limonada, olvidando aquella conversación. Kate era un poco más bajita y regordeta que Helena, aunque eso no la convertía en una mujer rechoncha en absoluto. Cuando la veía, le venían a la cabeza las palabras «rellenita» y «curvilínea», lo cual venía a ser lo mismo que «curvas sensuales». Sin embargo, jamás lo mencionó, pues temía que Kate se lo tomara mal.

—¿Te reúnes con el club de lectura esta noche? —quiso saber Helena.

—Así es. Aunque dudo que alguien quiera debatir sobre Kundera —admitió Kate con una sonrisita mientras hacía tintinear los cubitos de hielo de su copa.

—¿Por qué? ¿Cotilleos calentitos?

—Recién sacados del horno. Se ha mudado una familia más que numerosa a la isla.

—¿A ese lugar de Sconset? —preguntó Helena.

Al ver que Kate asentía, la joven puso los ojos en blanco.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué ocurre? ¿Son demasiado buenos como para mezclarse con nosotros? —se burló Kate mientras sacudía el agua condensada de su copa y salpicaba a Helena.

Ella soltó un chillido y después dejó sola a Kate para que pudiera telefonar a un par de clientes. Cuando acabó las transacciones, regresó y retomó la conversación justo donde la había dejado.

—No es eso. Simplemente creo que no es tan raro que una familia tan numerosa adquiriera una propiedad de esas dimensiones. Sobre todo si piensan quedarse por aquí al menos un año. A decir verdad, eso es mucho más sensato que el hecho de que una pareja anciana y adinerada compre una casita de verano tan gigantesca que incluso se pierdan de camino al buzón.

—Tienes razón —acordó Kate—, aunque pensé que mostrarías más interés por la familia Delos. Si no me equivoco, te graduarás con alguno de sus hijos.

De forma inesperada, Helena se levantó mientras el nombre Delos seguía retumbando en su cabeza. Aquel nombre no significaba absolutamente nada para ella, pero en algún rincón de su cerebro, la palabra «Delos» resonaba sin cesar.

—¿Lennie? ¿Adónde vas? —preguntó Kate.

Sin embargo, antes de que Helena pudiera contestar, los primeros miembros del club de lectura empezaron a llegar, ansiosos y preparados para una sesión de especulación salvaje.

16 El pronóstico de Kate era cierto. *La insoportable levedad del ser* no podía competir con la llegada de los nuevos vecinos, sobre todo desde que el hervidero de rumores había desvelado que se mudaban desde España. Aparentemente, eran de Boston, pero se habían trasladado a Europa hacía tres años para poder estar más cerca de su familia. Sin embargo, ahora habían decidido, de forma repentina, volver al continente americano. La parte «de forma repentina» era lo que había causado más sensación entre los isleños. La secretaria de la escuela había insinuado a algunos de los miembros del club de lectura que habían matriculado a los niños fuera del plazo establecido, así que prácticamente tuvieron que sobornar al colegio además de acordar todo tipo de pactos especiales para poder enviar su mobiliario de forma que llegara a tiempo. Al parecer, la familia Delos había abandonado España a toda prisa y todo el club de lectura estaba de acuerdo en que, sin duda, se habrían peleado con sus primos.

Lo único que Helena sacó en claro de todo aquel chismorreo fue que la familia Delos era muy poco convencional. Estaba formada por dos padres que eran hermanos entre sí, su hermana menor, una madre (el otro hermano era viudo) y cinco criaturas. Y todos vivían bajo el mismo techo. Por lo visto, aquella

familia era elegante a rabiar, hermosa y acaudalada. Helena ponía los ojos en blanco cada vez que escuchaba ciertos episodios de todas aquellas habladurías que enaltecían al clan Delos a dimensiones míticas. De hecho, no podía soportarlo.

Trató de permanecer detrás del mostrador para así ignorar los alborotados murmullos, pero era imposible. Cada vez que oía mencionar a un miembro de la familia Delos por su nombre, sentía una especie de atracción, como si alguien hubiera gritado ese nombre en voz alta, lo cual la fastidiaba sobremedida. Salió del mostrador y se dirigió hacia la estantería donde estaban colocadas las revistas y comenzó a ordenarlas, simplemente para mantener las manos ocupadas. Pero incluso así, no podía evitar oír los chismes del club de lectura, cuyos miembros ahora se mostraban escandalizados tras descubrir que Casandra, de tan solo trece años, asistiría a un curso por encima del que le correspondía. Al parecer, era una niña excepcional y brillante, pero, en general, el club de lectura no aprobaba que los niños pudieran adelantar un curso, probablemente porque ninguno de sus hijos jamás lo lograría.

«No les gusta estar separados —pensó Helena—. Es más seguro si están juntos. Esa es la verdadera razón de por qué Casandra ha adelantado un curso.»

No tenía la menor idea de dónde había extraído esa conclusión, pero sabía, sin duda alguna, que era la verdad. También sabía que debía alejarse lo más posible de aquellos chismorreos o en cualquier momento empezaría a gritar a todos los amigos y amigas de Kate. Necesitaba estar ocupada, distraerse.

Mientras sacaba brillo a las estanterías y llenaba los tarros de caramelos, hacía una lista mental de los hijos de la familia Delos. «Héctor es un año mayor que Jasón y Ariadna, que por cierto son gemelos. Lucas y Casandra son hermanos y primos de los otros tres.»

Cambió el agua de las flores y telefoneó a algunos clientes. «Héctor no asistiría al primer día de clase porque aún estaba en España con su tía Pandora, aunque nadie del pueblo conocía el motivo.»

Helena se enfundó un par de guantes de caucho que le llegaban hasta el hombro, un delantal hasta los pies y empezó a escarbar en la basura para separar todo lo que se podía reciclar.

«Lucas, Jasón y Ariadna estarán en mi mismo curso. Así que estoy rodeada.»

Se dirigió hacia la parte trasera de la cocina y puso en marcha el lavaplatos industrial. Barrió y fregó el suelo y finalmente empezó a contar el dinero. «Lucas, qué nombre tan estúpido. ¿A quién se le ocurre? Llama demasiado la atención.»

—¿Lennie?

—¡Qué! ¡Papá! ¿Acaso no ves que estoy contando? —replicó Helena al mismo tiempo que golpeaba las manos contra el mostrador con tal dureza que un puñado de monedas saltaron.

Jerry alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Mañana es el primer día de instituto —le recordó en su tono de voz más cariñoso.

—Lo sé —respondió ella con la mirada vacía. Inexplicablemente, todavía estaba molesta, pero intentó con todas sus fuerzas no pagarlo con su padre.

—Son casi las once, cariño —dijo Jerry.

18

Kate salió de la trastienda para comprobar de dónde provenía todo ese ruido.

—¿Aún estás aquí? Lo siento muchísimo, Jerry —se disculpó Kate, perpleja—. Helena, te dije que cerraras con llave y te fueras a casa hace un par de horas.

Ambos se quedaron mirando fijamente a Helena, que ya había colocado cada factura y cada moneda en su lugar.

—Me distraje —respondió Helena de forma poco convincente.

Después de lanzar una mirada de preocupación a Jerry, Kate relevó a la joven en el recuento de monedas y los envió a ambos a casa. Todavía aturdida, la chica se despidió con dos besos e intentó explicarse cómo había perdido las últimas dos horas de su vida.

Jerry acomodó la bicicleta de su hija en el maletero del *Cerdo* y puso en marcha el coche sin pronunciar una sola palabra. Le echó varios vistazos de camino a casa, pero hasta que aparcó el coche en el garaje no se decidió a hablar con ella.

—¿Has cenado? —le preguntó con cierta dulzura mientras arqueaba las cejas.

—No... ¿Sí? —respondió de modo dubitativo.

Lo cierto es que no tenía la menor idea de qué ni cuándo había comido por última vez. Lo único que recordaba, y de forma muy vaga e imprecisa, era que Kate le había preparado un plato con cerezas.

—¿Estás nerviosa por el primer día de clase? El penúltimo año de instituto es muy importante.

—Supongo que sí —comentó Helena algo abstraída de la conversación.

Jerry observó a su hija y se mordió el labio inferior. Tomó aire antes de hablar.

—He estado pensando que quizá deberías hacerle una visita al doctor Cunningham y pedirle unas pastillas para esa fobia, ya sabes, esa en que la gente se angustia cuando está rodeada de multitud de personas... ¡Fobia social! Ese es el nombre —exclamó al recordarlo—. ¿Crees que podrían ayudarte?

Helena esbozó una tierna sonrisa mientras jugueteaba con el colgante de su collar.

—No lo creo, papá. No tengo miedo a los desconocidos, sencillamente soy tímida.

Sabía que mentía. No solo era tímida. Cada vez que se erguía y llamaba la atención, aunque fuera de manera fortuita, sentía un dolor horrible en el estómago, similar a los retortijones típicos de la menstruación o a la tortura de una gastroenteritis. Sin embargo, antes se quemaría el cabello con una cerilla que confesárselo a su padre.

—¿Y no te importa? Ya sé que nunca me lo pedirías, pero ¿necesitas ayuda? Porque creo que tu timidez te está reprimiendo... —anunció Jerry, empezando así la discusión de siempre.

Pero Helena enseguida le cortó.

—¡Estoy bien! De verdad. No deseo hablar con el doctor Cunningham y no quiero tomar ningún tipo de medicación. Lo único que me apetece es entrar en casa y comer algo —dijo apresuradamente mientras salía de la furgoneta.

Su padre la observó con una pequeña sonrisa mientras ella descargaba su bicicleta, pasada de moda y muy pesada, del portaequipajes del todoterreno para después apoyarla en el suelo. Tocó el timbre del manillar con garbo y desenvoltura y le dedicó una amplia sonrisa a su padre.

—¿Lo ves? Estoy la mar de bien —afirmó.

—Si supieras lo difícil que es para una chica de tu edad hacer lo que tú acabas de hacer, entenderías a lo que me refiero. Tú no eres como las demás, Helena. Lo intentas, pero no lo eres. De hecho, eres idéntica a ella.

Por enésima vez, Helena maldecía a aquella madre que no lograba recordar y que le había roto el corazón a su padre. ¿Cómo alguien era capaz de abandonar a un tipo como su padre sin tan siquiera despedirse? ¿Sin dejar una fotografía para que pudiera recordarla?

—¡Está bien, tú ganas! No soy como las demás, soy especial, al igual que lo es todo el mundo —bromeó Helena, que estaba ansiosa por subir el ánimo a su padre. Al pasar junto a él, empujando su bicicleta, le dio un suave golpe con la cadera y añadió—: Bueno, ¿qué tenemos para cenar? Me muero de hambre y esta semana te toca a ti pringar en la cocina.

*T*odavía sin coche propio, Helena tuvo que ir a la escuela en bicicleta a la mañana siguiente. A las ocho menos cuarto solía hacer una temperatura agradable, aunque a veces, si soplaba la brisa marina, podía incluso refrescar. Pero en cuanto se despertó, pudo sentir el aire caliente y húmedo sobre su cuerpo, como si de un abrigo de pieles se tratara. En mitad de la noche se había destapado, empujando las sábanas con los pies hasta el suelo, se había quitado la camiseta con cierta dificultad, se había bebido el vaso de agua de un sorbo y aun así se levantó exhausta por el bochorno. Aquel clima era muy poco habitual. Helena no quería levantarse e ir a la escuela, bajo ningún concepto.

21

Pedaleó con lentitud en un intento de evitar pasar el resto del día oliendo a sudor. Lo cierto era que, en general, no acostumbraba a sudar mucho, pero se había despertado con tal letargo aquella mañana que no lograba recordar si se había echado desodorante. Agitó los codos, como si fuera una gallina, para comprobar su olor sin dejar de dar pedaladas y se sintió aliviada al percibir un perfume afrutado. El aroma era apenas perceptible, lo cual significaba que era de ayer; lo único que necesitaba era que no se evaporara hasta la hora de entreno de atletismo, justo después de las clases, lo cual sería un milagro, pero qué más podía hacer.

Mientras avanzaba por la calle Surfside, notó que los cabellos más cortos se le escurrían de la goma de pelo por el viento

y se le enganchaban en las mejillas y en la frente. A decir verdad, el camino de su casa al instituto no era muy largo, pero con aquella humedad su cabello, peinado con máximo esmero para el primer día de clase, se había alborotado por completo; cuando al fin aparcó la bicicleta en el armazón, ya era un absoluto desastre. Tenía la costumbre de ponerle el candado únicamente en la estación más turística, puesto que era más que evidente que nadie de la escuela se dignaría robarla. Además, el candado era malísimo y cualquiera podría abrirlo.

Se quitó todas las horquillas y gomas de pelo e intentó desenredarse el cabello peinándolo con los dedos. Al final, se lo ató con una sencilla y aburrida coleta. Soltó un suspiro de resignación y se colgó la mochila con los libros de un hombro y la bolsa de deporte del otro. Agachó ligeramente la cabeza y se dirigió hacia la entrada del instituto caminando con los hombros caídos.

Llegó justo un segundo antes que Lindsey Clifford, así que tuvo que sujetarle la puerta abierta.

22 —Gracias, bicho raro. ¿Intentarás no arrancar la puerta de sus bisagras? —se burló la chica con aires de superioridad al pasar junto a ella.

Helena se quedó como una estúpida en las escaleras, manteniendo la puerta abierta mientras otros estudiantes pasaban ante ella sin tan solo dirigirle la palabra. Nantucket era una isla pequeña, de modo que todos conocían cada detalle de la vida de los demás; a veces, sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas que Lindsey supiera menos cosas sobre ella. Habían sido grandes amigas hasta quinto de primaria, cuando cierto día, mientras Lindsey, Helena y Claire estaban jugando al escondite en casa de la primera, Helena arrancó la puerta del baño accidentalmente. Había intentado pedirle perdón, pero al día siguiente empezó a mirarla de forma extraña y a llamarla «bicho raro». Desde entonces, le daba la sensación de que Lindsey invertía todos sus esfuerzos en amargarle la vida. Tampoco ayudaba mucho que ahora se juntara con los chicos más populares del instituto, mientras Helena se refugiaba entre los cerebritos de la clase.

Ansiaba contestarle con desprecio, espetarle algo ingenioso, tal y como Claire haría, pero no conseguía que las palabras salieran de su garganta. Así pues, se limitó a deslizar la cuña para

mantener la puerta abierta para el resto de los alumnos. Oficialmente, había empezado un año más de pasar desapercibida entre la multitud.

El tutor de Helena era el señor Hergeshimer, jefe del Departamento de Inglés, y a decir verdad tenía un estilo un tanto loco para un tipo que rondaba los cincuenta años. Lucía pañuelos de seda cuando hacía calor, bufandas de cachemir de colores chillones y horteras en invierno, y conducía un descapotable Alpha Romeo de estilo *vintage*. Era millonario y no necesitaba trabajar, pero, aun así, ejercía como profesor. Según él, lo hacía porque no quería estar obligado a tratar con paganos analfabetos allá por donde fuera. O eso decía, quién sabe. Sin embargo, Helena creía que lo que sucedía era que le encantaba su trabajo. Muchos alumnos le detestaban y argumentaban que era un aspirante a esnob británico, un quiero y no puedo, pero Helena creía que era el mejor profesor que jamás había tenido.

—Señorita Hamilton —saludó con una sonrisa al ver entrar a Helena al mismo tiempo que sonaba el timbre del instituto—. Tan puntual como siempre. No me cabe la menor duda de que se sentará junto a su cohorte, pero antes déjeme advertirle de que si observo cualquier demostración del talento por el cual se ha ganado el sobrenombre de Risitas las separaré de inmediato.

—De eso ni se preocupe, Hergie —contestó Claire con desparpajo.

Helena se deslizó hacia el pupitre y vio que Hergie ponía los ojos en blanco ante la falta de respeto afable de su amiga, aunque parecía contento.

—Resulta gratificante saber que al menos una de mis alumnas sabe que «sobrenombre» es sinónimo de «apodo», sin tener en cuenta la impertinencia de su contestación. Bien, alumnos, otra advertencia. Como este año se preparan para el SAT, la prueba de aptitud para los alumnos que dentro de dos años irían a la universidad, espero que todos traigan la definición de una nueva e interesante palabra cada mañana.

Todos los alumnos se quejaron. Tan solo el señor Hergeshimer podría ser lo bastante sádico como para mandarles deberes para la clase de tutoría. Iba en contra del orden natural.

—¿Podría ser la palabra «impertinencia» la que aprendamos para mañana? —preguntó Zach Brant con cierta ansiedad.

Zach siempre se mostraba ansioso por alguna cosa, incluso cuando estaba en la guardería. Junto a él se sentaba Matt Millis, que miró de reojo a Zach y sacudió la cabeza como diciendo: «Yo en tu lugar no lo intentaría».

Matt, Zach y Claire eran los alumnos más avanzados del aula y asistían a clases especiales. Habían sido amigos desde la infancia, pero a medida que fueron creciendo se dieron cuenta de que solo uno de ellos podría obtener el título de El Mejor de la Promoción y entrar en Harvard. Helena prefirió mantenerse alejada de esa competición porque Zach no le daba buena espina. Desde que a su padre lo nombraron entrenador del equipo de fútbol y empezó a presionarlo para ser el número uno tanto en la cancha como en el aula, se había convertido en alguien tan competitivo que Helena apenas soportaba estar cerca de él.

24

Una parte de ella sentía lástima por Zach. Le habría compadecido aún más si él no se comportara de un modo tan hostil hacia ella. El chico parecía que tenía que serlo todo: presidente de tal club, capitán del equipo y el tipo que conocía todos los rumores que circulaban por el instituto. Sin embargo, tampoco parecía disfrutarlo. Claire estaba convencida de que Zach estaba enamorado en secreto de Helena, pero ella jamás lo creyó; de hecho, en ciertas ocasiones sentía que la menospreciaba, y eso le molestaba. De pequeños, Zach solía compartir sus galletas de animales durante el recreo con Helena y ahora buscaba cualquier oportunidad para emprender una discusión con ella. ¿Cuándo empezaron a complicarse tanto las cosas? ¿Y por qué no podían ser simplemente amigos, como lo habían sido en primaria?

—Señor Brant —articuló el señor Hergeshimer—, usted puede utilizar «impertinente» como palabra si lo desea, pero de alguien con sus facultades mentales esperaría algo más. ¿Qué le parece escribir una redacción sobre un ejemplo de impertinencia en la literatura inglesa? —preguntó. Después asintió y añadió—: Sí, cinco páginas sobre cómo Salinger utiliza la impertinencia en su controvertida obra *El guardián entre el centeno*. Para el lunes, por favor.

Zach aceptó la tarea en silencio y con las palmas sudorosas.

La capacidad de Hergie para mandar lecturas adicionales a los estudiantes más competentes era legendaria y, por lo visto, estaba decidido a castigar ejemplarmente a Zach el primer día de clase. Helena agradeció a su angelito de la guarda no haber sido ella la escogida.

Sin embargo, la alegría duró muy poco. Después de que el señor Hergeshimer entregara los horarios, llamó a Helena para que se acercara a su escritorio. Comentó al resto que podían charlar libremente y, de inmediato, todos se lanzaron a cuchichear sobre el primer día de clase. Hergie colocó una silla para Helena junto a la suya para evitar hablar con el escritorio en medio de ambos. Al parecer, no quería que ningún alumno escuchara su conversación, lo cual la calmó momentáneamente.

—He visto que ha decidido no matricularse en ninguna clase avanzada este año —anunció mirándola por encima de sus gafas de lectura.

—Pensé que no podría con todo el trabajo extra —farfulló mientras colocaba las manos bajo los muslos para disimular cómo le temblaban.

—Creo que usted es perfectamente capaz de hacer mucho más de lo que está dispuesta a admitir —prosiguió Hergie frunciendo el ceño—. Sé que no es una holgazana, Helena. También soy consciente de que es una de las estudiantes más brillantes de su clase. ¿Qué le impide aprovecharse de todo lo que nuestro sistema educativo pone a su disposición?

—Tengo que trabajar —respondió indecisa mientras se encogía de hombros—. Necesito ahorrar dinero para ir a la universidad.

—Si asistiera a las clases avanzadas y se aplicara para el SAT, tendría más oportunidades de conseguir suficiente dinero para la universidad gracias a una beca que trabajando a cambio de un sueldo ridículo en la tienda de su padre.

—Mi padre me necesita. No somos ricos, como el resto de la población de la isla, así que tenemos que ayudarnos mutuamente —contestó un tanto a la defensiva.

—Y eso merece toda mi admiración —admitió Hergie con tono serio—, pero usted está a punto de acabar el instituto y es momento de pensar en su propio futuro.

—Lo sé —admitió Helena asintiendo con la cabeza. El ros-

tro arrugado por la expresión preocupada de su profesor le demostraba que hablaba en serio, que intentaba ayudarla—. Creo que podré conseguir una buena beca gracias al atletismo. Lo cierto es que soy más rápida que el año pasado. De verdad.

El señor Hergeshimer contempló el semblante serio de su alumna, rogándole que dejara el tema y, al final, se dio por vencido.

—De acuerdo. Pero si siente que necesita más retos académicos, sepa que es más que bienvenida a unirse a mi clase avanzada de inglés en cualquier momento del semestre.

—Gracias, señor Hergeshimer. Si al final decido asistir a las clases avanzadas, se lo comunicaré de inmediato —contestó ella, agradecida de que su tutor dejara el tema en paz.

De repente, mientras se dirigía hacia su pupitre se le ocurrió que debía mantener a Hergie y a su padre alejados entre ellos a toda costa. No quería que se pusieran a comparar notas hasta decidir que necesitaba asistir a clases especiales para competir por una mención especial. Solo de pensarlo le dolía el estómago. ¿Por qué no podían dejarla en paz y ya está? En secreto, siempre se había sentido distinta a los demás, pero estaba convencida de que se las había apañado bastante bien para disimularlo toda su vida. Al parecer, sin darse apenas cuenta, había dejado entrever ciertas pistas que evidenciaban el bicho raro que habitaba en su interior. Mantenía la cabeza agachada en todo momento, pero ahora comenzaba a preguntarse cómo podría seguir haciéndolo si seguía creciendo cada maldito día.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire en cuanto Helena se acomodó en la silla.

—Solo era otra charla de motivación de Hergie. Opina que no me esfuerzo mucho en las clases —respondió Helena del modo más jovial que pudo.

—Y no te esfuerzas. De hecho, nunca haces los deberes —protestó Zach más ofendido de lo que debería.

—Cierra el pico, Zach —espetó Claire cruzando los brazos de manera agresiva. Después, se giró hacia Helena y, con un tono de disculpa, agregó—: Aunque tiene razón, Lennie. Nunca haces los deberes.

—Sí, sí. Cerrad el pico los dos —dijo entre risas para zanjar el tema.

El timbre sonó y Helena recogió sus cosas. Matt Millis le dedicó una sonrisa, pero enseguida se apresuró a salir de clase. Con una sensación de culpabilidad, Helena se percató de que aún no le había saludado. No había sido su intención ignorarle y mucho menos el primer día de clase.

Según Claire, todo el mundo sabía que Matt y Helena supuestamente estaban juntos. Matt era inteligente, atractivo y capitán del equipo de golf, aunque a veces se comportaba como un cretino. Además, Helena era considerada una paria desde que Lindsey empezó a difundir rumores sobre ella, así que debía tomarse como un cumplido que todos pensaran que era lo bastante buena para alguien como Matt.

Desafortunadamente, nunca sintió algo especial por él. Ni un mínimo hormigueo en el estómago. La única vez que habían estado solos fue en una fiesta, cuando algunos compañeros los encerraron en un armario para que se besaran y el resultado fue catastrófico. A Helena le dio la sensación de estar besando a su hermano y Matt se sintió rechazado. Después de aquel episodio, él se había mostrado dulce y comprensivo, y siempre bromeaba sobre el tema para quitarle hierro al asunto. Sin embargo, se creó una extraña tensión entre ellos desde entonces. Helena le echaba muchísimo de menos, pero temía que si se lo decía, él pudiera tomárselo del modo equivocado. «Parece que todo lo que hago últimamente me sale mal», pensó.

27

Durante el resto de la mañana, estuvo deambulando de aula en aula de forma automática. No conseguía concentrarse en nada; cada vez que intentaba centrarse, lo único que lograba era irritarse.

Había algo que no cuadraba. Todo el mundo la incordiaba, empezando por sus profesores preferidos y acabando por sus pocos amigos, a los que, por cierto, debería haberse alegrado de ver. Además, cada dos por tres sentía que estaba en el interior de un avión a miles de metros de altura; se le tapaban los oídos, de forma que todos los sonidos se amortiguaban, y sentía que en cualquier momento la cabeza le iba a estallar. Entonces, con la misma repentina rapidez con la que había empezado, ese malestar se desvanecía. Pero incluso entonces podía notar una presión, una especie de energía eléctrica, como si estuviera a punto de descargarse una tormenta, pero el cielo estaba azul y despejado.

A mediodía la situación empeoró. Desgarró a toda prisa el envoltorio de su bocadillo porque estaba convencida de que el dolor de cabeza se debía a un nivel bajo de azúcar, pero estaba equivocada. Jerry le había preparado su bocadillo favorito, pavo ahumado, manzana verde y queso *brie* en pan de baguete; sin embargo, en cuanto probó el primer bocado, lo escupió con disgusto.

—¿Tu padre te ha preparado otra birria asquerosa? —preguntó Claire.

Cuando Jerry se asoció con Kate se animó y empezó a experimentar con almuerzos creativos. El desastroso bocadillo de extracto de levadura y pepino de primer año de instituto se había convertido en una leyenda en su mesa.

—No, es el número tres de siempre. Simplemente no puedo comer —admitió Helena envolviéndolo otra vez.

Con cierto regocijo, Claire lo recogió y se lo zampó.

—Mmm, está buenísimo —farfulló con la boca llena—. ¿Qué te pasa?

—Es solo que no me encuentro bien —contestó Helena.

Claire dejó de masticar y miró a su amiga con preocupación.

—No estoy enferma. Así que puedes tragártelo —le aseguró. Entonces vio a Matt acercándose y le saludó con un alegre «¡Hola!» en un intento de enmendar el no haberle dirigido la palabra en toda la mañana.

Él estaba inmerso en una conversación con Lindsey y Zach y no respondió, pero aun así se acomodó, como de costumbre, en la mesa de los pazguatos. De hecho, tanto Lindsey como Zach estaban tan absortos en lo que comentaban que ni siquiera se dieron cuenta de que estaban merodeando por el territorio de los marginados.

—Oí que eran estrellas de cine en Europa —explicaba Zach.

—¿Dónde lo has oído? —preguntó Matt con incredulidad—. Es absurdo.

—También me han llegado noticias de otras dos personas que aseguran que Ariadna era modelo. Y tenemos que admitir que es muy guapa —contestó Zach apasionadamente; odiaba no estar en lo cierto, aunque solo era un vulgar chismorreo.

—Por favor. Está como una foca como para ser modelo

—dijo entre dientes Lindsey, implacable. Tragó saliva y añadió—: Por supuesto, estoy de acuerdo en que es guapa, si te gusta el estilo exótico y voluptuoso. Pero no le llega ni a la suela de los zapatos a su hermano gemelo, Jasón. ¡Por no mencionar a su primo! Lucas es de otro mundo, no cabe una explicación diferente —finalizó con efusividad.

Los chicos se lanzaron una mirada cómplice, acordando, en silencio, que estaban en desventaja y que lo más sensato era dejar pasar el tema.

—Jasón es incluso demasiado guapo —resolvió con solemnidad Claire después de unos instantes de reflexión—. Lucas, sin embargo, está cañón. De hecho, es posible que sea el chico más atractivo que jamás he visto. Y Ariadna es un bombón, Lindsey. Lo que pasa es que tienes envidia.

Lindsey se enfurruñó y posó el puño sobre la cadera.

—Como si tú no la tuvieras —fue lo único que respondió.

—Por supuesto que sí. Estoy casi tan celosa de ella como de Lennie.

Helena advirtió que Claire se giraba para ver su reacción, pero la joven tenía los codos apoyados sobre la mesa y se masajeaba las sienes.

29

—¿Lennie? —llamó Matt tras acomodarse junto a ella—. ¿Te duele la cabeza?

El chico alargó el brazo para rozarle el hombro, pero Helena se puso en pie de repente, murmuró una excusa y se apresuró a salir del comedor.

Cuando al fin llegó al baño de chicas, ya se sentía mucho mejor, pero igualmente se mojó el rostro con agua fría por si acaso. En ese instante se acordó de que se había aplicado máscara de pestañas por la mañana en un intento de arreglarse. Cuando se miró en el espejo parecía un mapache y no pudo evitar explotar a reír. Sin duda, este era el peor primer día de escuela de toda su vida.

Superó como pudo las últimas tres horas de clase. Cuando al fin sonó el último timbre, Helena se dirigió hacia el vestuario femenino para cambiarse de ropa y prepararse para el entreno.

La entrenadora Tar parecía estar entusiasmada. Dio un lamentable discurso lleno de optimismo que avergonzó a todas las presentes; habló sobre las posibilidades de ganar carreras

esta temporada y les repitió varias veces cuánto creía en ellas, como atletas y como jovencitas. Y entonces se dirigió a Helena.

—Hamilton, esta temporada competirás con el equipo masculino —dijo con rotundidad. Al resto les ordenó que se pusieran en marcha.

Helena permaneció sentada en el banquillo durante unos instantes, considerando sus opciones, mientras el resto del equipo desfilaba por la puerta. No quería montar un escándalo, pero aquella idea la mortificaba. De repente, los músculos de la parte inferior de su abdomen empezaron a contraerse.

—¡Ve a hablar con ella! No permitas que te toree —le aconsejó Claire antes de irse, mostrando así su indignación.

Algo confundida y asustada, Helena asintió con la cabeza y se puso en pie.

—¿Entrenadora Tar? ¿No podemos seguir como hasta ahora? —comentó. La mujer se detuvo y se giró para escucharla, pero no parecía estar muy contenta con la idea. Helena continuó—: Me refiero a que... ¿por qué no puedo entrenar con el resto de las chicas. Yo soy una chica —finalizó de modo poco convincente.

30

—Hemos decidido que debes empezar a esforzarte más —respondió la entrenadora Tar con tono serio. Siempre había tenido la sensación de no caerle demasiado bien a la entrenadora, pero ahora no tenía la menor duda.

—Pero no soy un chico. No es justo que me obliguen a correr por todo el país con ellos —intentó discutir Helena mientras se apretaba el vientre.

—¿Retortijones? —preguntó la entrenadora Tar con un ápice de compasión en su voz. La joven dijo que sí con la cabeza—. El entrenador Brant y yo nos hemos fijado en un detalle interesante sobre tus tiempos, Helena. Da igual con quién compitas ni lo rápidas o lentas que sean tus oponentes, siempre acabas segunda o tercera. ¿Cómo puede ser? ¿Tienes una respuesta para ello?

—No. No lo sé. Simplemente corro, ¿vale? Intento hacerlo lo mejor posible.

—No, no lo intentas —la interrumpió la entrenadora con brusquedad—. Y si quieres una beca, vas a tener que empezar a ganar carreras. He tenido una pequeña charla con el señor Hergeshimer...

Helena dejó escapar un quejido, pero la entrenadora Tar siguió impertérrita.

—Es una escuela pequeña, Hamilton, así que acostúmbrate. El señor Hergeshimer me ha comentado que esperas obtener una beca de atletismo, pero si de veras la quieres, vas a tener que ganártela. Quizá competir con los chicos te enseñe a tomarte tu talento con seriedad.

Helena temía esos los retortijones, así que empezó a tener un pequeño ataque de pánico y comenzó a balbucear.

—Lo haré, lo prometo, ganaré carreras, pero, por favor, no me aíslen de esta manera —suplicó. Articulaba las palabras a una velocidad increíble mientras aguantaba la respiración para contener el dolor.

La entrenadora Tar era estricta e inflexible, pero no era cruel.

—¿Estás bien? —preguntó un tanto angustiada mientras acariciaba la espalda de Helena—. Coloca la cabeza entre las rodillas.

—Estoy bien, son solo nervios —contestó apretando los dientes. Tras recuperar el aliento, añadió—: Si juro ganar más carreras, ¿podré correr con las chicas?

La entrenadora estudió la expresión de desesperación de Helena y asintió, un tanto conmocionada tras haber sido testigo del ataque de pánico. Dejó que fuera con el resto del equipo, pero le advirtió que esperaba victorias. Y no solo unas pocas.

Mientras corría por la pista, Helena no podía separar la mirada del suelo. Una beca académica sería genial, pero eso significaría competir con Claire en las notas y eso no entraba en absoluto en sus planes.

—¡Eh, Risitas! —la llamó adelantando a su amiga. A estas alturas, Claire ya estaba jadeando y sudando.

—¿Qué ha pasado? Dios mío, ¡qué calor! —exclamó casi sin aliento.

—Creo que todo el profesorado está intentando comprobar hasta dónde pueden tensar la cuerda.

—Bienvenida a mi vida —resolló Claire—. Los niños japoneses... japoneses... crecen así... Te acostumbrarás. —Tras unos momentos aún más fatigosos por intentar seguir el ritmo de Helena, Claire añadió—: ¿Podemos... ir más... despacio? No todos venimos del planeta Krypton.

Helena ajustó el paso a sabiendas de que podría tomar la delantera en los últimos metros de pista. Raras veces se esforzaba cuando corría en la pista, pero sabía, sin tan siquiera haberlo intentado, que podría acabar la primera sin problema alguno. La idea le aterrizzaba, así que obró como siempre lo hacía cuando aquel asunto de su alarmante velocidad aparecía de repente: lo ignoró y continuó charlando con Claire.

Mientras las dos chicas avanzaban por Surfside y cruzaban los páramos hasta llegar al estanque de Miacomet, Claire no dejó de hablar sobre los chicos de la familia Delos. Le dijo a Helena, al menos tres veces, que Lucas le había sujetado la puerta al final de clase. Esa acción demostraba no solo que era todo un caballero, sino también que estaba enamorado de ella. Jasón, según decidió Claire, o bien era gay, o bien era un esnob, porque solo le había echado un vistazo y muy fugaz. Y no dejó de alabar su estilo a la hora de vestir, como si fuera europeo o algo.

—Ha estado viviendo en España unos tres años, Claire. Podríamos decir que es europeo. Y, si no te importa, ¿podríamos dejar de hablar de ellos? Me está dando dolor de cabeza.

32

—¿Sabes que eres la única persona en todo el instituto que no muestra interés alguno por la familia Delos? ¿No te pica la curiosidad?

—¡No! Y, para ser sincera, me parece patético que todo el mundo se quede paralizado y con la boca abierta, ¡como si no fuéramos más que un puñado de pueblerinos! —gritó Helena.

Claire se detuvo en seco y miró a su amiga. No era muy típico de Helena ponerse a discutir en medio de la calle y menos todavía chillar de esa manera, pero, por lo visto, no podía parar.

—¡Estoy harta de oír hablar de la familia Delos! —continuó a pesar de haber visto la expresión de estupefacción de Claire—. Esta fijación que tenéis todos me pone enferma. ¡Espero no tener que encontrármelos, ni verlos, ni compartir el mismo espacio vital con ninguno de ellos!

Reemprendió la carrera y dejó a su amiga plantada en mitad de la pista. Acabó primera, tal y como había prometido, pero lo hizo demasiado rápido; la entrenadora Tar la miró perpleja al comprobar el tiempo. Helena resopló y se fue a toda prisa hacia el vestuario. Recogió sus cosas y huyó como un rayo sin cambiarse ni despedirse de ninguna de sus compañeras.

De camino a casa, rompió a llorar. Dejó atrás las aceras limpias y pulcras de las casas de tejas grises con sus contraventanas blancas o negras e intentó calmarse. El cielo parecía apesentado sobre una tierra especialmente rasa, como si estuviera presionando los gabletes de los antiguos balleneros e intentara aplanarlos después de varios siglos de desafío persistente. Helena no podía imaginarse el motivo de su descomunal enfado y no lograba comprender cómo había sido capaz de abandonar a Claire de aquella forma. Necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

En Surfside, al parecer, un gigantesco todoterreno había intentado girar hacia una calle secundaria angosta y cubierta por una capa de arena, y al derrapar había dado una vuelta de campana. Aunque los pasajeros no tenían un solo rasguño, el monstruo playero había bloqueado el tráfico por completo. Aún enojada, Helena sabía perfectamente que no podría inmiscuirse entre los turistas sin perder los nervios, así que decidió tomar el camino más largo para llegar a casa. Dio media vuelta y se dirigió hacia el centro del pueblo, pasando por la sala de cine, el transbordador y la biblioteca que, con su arquitectura al más puro estilo de templo griego, desentonaba sobremanera en aquel pueblecito, cuyo carácter arquitectónico pretendía ser una oda a la vieja arquitectura puritana.

Y quizá por esa razón a Helena le encantaba. El ateneo parecía un faro de luz cegadora justo en la mitad de una monotonía de colores verdosos, y lo cierto es que Helena se identificaba con ambas cosas. La mitad de la edificación se asemejaba al estilo de Nantucket de los pies a la cabeza, pero la otra mitad consistía en columnas de mármol y una gran escalinata, algo que encajaba poco con el lugar donde las habían puesto. Al pasar junto al ateneo en bicicleta, Helena alzó la vista y sonrió. Le consolaba saber que había algo que resaltaba más que ella.

Cuando llegó a casa, intentó serenarse y decidió darse una ducha de agua helada antes de telefonar a su mejor amiga para pedirle perdón por lo ocurrido. Claire no contestó a sus llamadas. Le dejó un mensaje en el contestador culpando a las hormonas, al calor, al estrés y a todo aquello que se le ocurrió en esos momentos, aunque, en el fondo, sabía que nada de aquello era la

verdadera razón por la que se había comportado como una auténtica chiflada. Había estado muy quisquillosa todo el día.

El aire en el exterior se notaba pesado e inmóvil. Helena abrió todas las ventanas de su casa de dos plantas decorada al austero estilo Shaker, pero no corría ni una brizna de brisa. ¿Qué le estaba ocurriendo al tiempo? Que no soplara el viento en Nantucket era algo fuera de lo común, tan cerca del océano. Se vistió con una camiseta de tirantes fina y un par de pantalones muy cortos. Puesto que era demasiado modesta para ir a cualquier sitio tan ligerita de ropa, decidió preparar la cena. Aunque esta semana le tocaba a su padre pringar en la cocina y, técnicamente, era el responsable de hacer la compra durante unos días más, Helena creyó que necesitaba tener las manos ocupadas o empezaría a subirse por las paredes.

En general, la pasta era su capricho culinario más preciado y la lasaña era la reina de todas las pastas. Si hacía ella misma los tallarines estaría ocupada durante horas, precisamente lo que quería, así que sacó harina y huevos y se puso manos a la obra.

34

Cuando Jerry llegó a casa lo primero que percibió fue el delicioso aroma de la cena; después, se percató de que hacía un tremendo bochorno en el interior, lo cual era muy poco habitual. Encontró a Helena sentada en la mesa de la cocina, con restos de harina en el rostro sudoroso y en los brazos, jugando con el colgante en forma de corazón del collar que su madre le había regalado cuando no era más que un bebé. Jerry miró a su alrededor tensando los hombros y abriendo los ojos de par en par.

—He hecho la cena —informó Helena con voz apagada.

—¿He hecho algo mal? —preguntó su padre con cautela.

—Por supuesto que no. ¿No ves que te he preparado la cena? ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque normalmente cuando una mujer se pasa horas cocinando una cena muy elaborada y se sienta a la mesa con una mirada de fastidio significa que algún chico ha hecho algo muy estúpido —explicó aún un poco asustado—. Ha habido otras mujeres en mi vida, ya lo sabes.

—¿Tienes hambre o no? —preguntó Helena, que sonrió, en un intento de deshacerse de su mal humor.

El hambre ganó esa batalla. Jerry cerró el pico y fue a lavarse las manos. Ella no había comido nada desde el desayuno, así que debería de estar muriéndose de hambre. Cuando probó el primer bocado se dio cuenta de que no sería capaz de comer más. Se esforzaba para escuchar a su padre mientras empujaba su comida favorita a los bordes del plato y Jerry se servía varias veces. Su padre se interesaba por el primer día de clase al mismo tiempo que, con todo el disimulo posible, intentaba ponerse más sal en la comida. Helena se lo impedía, como siempre hacía, pero no tenía energía suficiente para responder a todas sus preguntas con más de un monosílabo.

A eso de las nueve decidió acostarse, mientras su padre veía un partido de los Boston Red Sox en la televisión, pero no consiguió conciliar el sueño. A medianoche, justo cuando el partido acabó y su padre subió las escaleras, ella aún seguía despierta en la cama. Estaba agotada, pero cada vez que empezaba a adormilarse oía unos susurros.

Al principio pensó que eran reales y que alguien le estaba gastando una broma pesada, así que se encaramó al alféizar de la ventana y trepó hasta el techo para observar entre la oscuridad. Todo estaba en calma, ni siquiera una brisa que agitara los rosales que rodeaban la casa. Se quedó allí sentada durante un rato, contemplando la marea negra que parecía el océano tras las luces del vecindario.

Hacía tiempo que no subía allí. Le embargó una sensación de romanticismo al pensar que las mujeres de épocas pasadas languidecían en estos miradores mientras escudriñaban los mástiles en busca del barco de su marido. Cuando era niña, solía inventarse que su madre estaría en una de esas embarcaciones, volviendo a casa después de que unos piratas, o el capitán Ahab o alguien igual de peligroso y legendario, la hubieran mantenido prisionera. Se había pasado horas y horas en esa terraza, explorando el horizonte en busca de un barco que jamás navegaría hacia el muelle de Nantucket.

Helena se removió incómodamente en el suelo de madera y entonces recordó que aún tenía su pequeño alijo allí arriba. Durante años, su padre se empeñó en convencerla de que un día u otro se caería de allí y se partiría el cuello, así que le pro-

hibió subir al mirador sola. Por muchas veces que la castigara, siempre se escapaba a hurtadillas hasta allí arriba para comer barritas de muesli mientras soñaba despierta. Tras unos meses de continuos castigos por la atípica desobediencia de su hija, Jerry finalmente se rindió y le dio permiso para que trepara hasta allí siempre y cuando no se apoyara en la barandilla. Al final, incluso le construyó un baúl impermeable para que pudiera guardar cosas.

Abrió el baúl y extrajo un saco de dormir que solía esconder en su interior y lo extendió sobre las tablas de madera del mirador. Helena distinguió unos barcos navegando a lo lejos, a los que, técnicamente, no debería ser capaz de oír ni ver a tal distancia, pero que sin duda veía y oía. Cerró los ojos y se entregó al placer de escuchar el zarandeo de las velas y el crujir de las tablas de madera de teca de una diminuta embarcación que seguía el ritmo apacible del oleaje nocturno. Completamente sola y sin que nadie pudiera verla, Helena se dejó llevar por unos momentos. Cuando empezó a cabecear, decidió bajar a su habitación a intentar, por fin, sumirse en un profundo sueño.

36

Estaba caminando sobre un terreno rocoso y accidentado. El sol que bañaba aquel paisaje era tan abrasador que el aire seco avanzaba serpenteando y se movía en rachas, como si partes del cielo estuvieran fundiéndose. Las piedras y rocas eran de un color amarillo pálido además de muy afiladas; por todas partes se podían distinguir diminutos arbustos que no crecían ni un palmo del suelo y estaban recubiertos de espinas. Un único árbol con el tronco retorcido se asomaba por una cuesta.

Helena estaba sola. Un segundo más tarde estaba acompañada.

Bajo las raquílicas ramas aparecieron tres siluetas. Eran tan esbeltas y diminutas que, en un principio, las confundió con tres niñas pequeñas. Pero entonces observó que sus antebrazos, demacrados y arrugados, colgaban de unos huesos como cuerdas; en ese momento Helena se dio cuenta de que eran tres mujeres muy ancianas. Las tres tenían la cabeza in-

clinada, y su cabello, negro azabache y muy largo, les cubría el rostro por completo. Lucían vestidos blancos desgarrados y estaban cubiertas por una capa de polvo blanquecino de la cabeza a los pies. De rodillas hacia abajo su piel estaba manchada de barro y mugre, y tenían los pies embadurnados de sangre seca por andar descalzas en este páramo inhóspito y baldío.

A Helena la invadió un miedo transparente y brillante. Retrocedió, alejándose de ellas de forma compulsiva, cortándose las plantas de los pies y arañándose las piernas con las espinas de los arbustos. Las tres abominaciones dieron un paso hacia delante y empezaron a zarandear los hombros mientras sollozaban en silencio. Gotas de sangre se derramaban de sus cabelleras y recorrían sus vestidos. Susurraban nombres mientras lloraban lágrimas sangrientas.

Helena se despertó con una bofetada. Sentía la mejilla adormecida además de un pitido intenso en el oído izquierdo. Tenía la cara de su padre a pocos centímetros de la suya y, sin duda, reflejaba una preocupación absoluta que enseguida comenzó a mostrar signos de culpabilidad. Jamás le había puesto la mano encima. Jerry tuvo que tomar aliento varias veces antes de hablar. El reloj junto a la cama marcaba las 3.16 de la madrugada.

—Estabas gritando. Tuve que despertarte —tartamudeó.

Helena tragó saliva para intentar humedecer la lengua, que súbitamente se le había hinchado, y la garganta, lo cual le produjo un dolor tremendo.

—Está bien. Solo era una pesadilla —murmuró mientras se incorporaba.

Tenía las mejillas húmedas, aunque no sabía si por el sudor o por las lágrimas. Helena se secó los pómulos y esbozó una sonrisa para tratar de tranquilizar a su padre, pero no funcionó.

—¡Qué demonios, Helena! Eso no era normal —confesó con un tono de voz agudo—. Estabas diciendo cosas, cosas realmente espantosas.

—¿Como qué? —dijo con voz ronca. Tenía mucha sed.

—La mayoría eran nombres, listas de nombres. Y luego empezaste a repetir «sangre por sangre» y «asesinatos». ¿Qué narices estabas soñando?

Helena recordó a aquellas tres mujeres, «tres hermanas», pensó, y supo que no podía decirle ni una palabra de eso a su padre. Se encogió de hombros y mintió. Se las apañó para convencer a Jerry que tener pesadillas sobre asesinatos era algo normal y le prometió que jamás volvería a ver películas de miedo sola. Al final consiguió que se fuera a la cama sin rechistar.

El vaso de agua que había dejado sobre la mesita de noche estaba vacío y tenía la boca completamente seca. Balanceó las piernas y decidió ir al baño a llenar el vaso. En cuanto rozó los pies con el suelo de madera, dejó escapar un grito ahogado. Encendió la lámpara para echar un vistazo a sus pies, aunque ya sabía el panorama que iba a encontrarse.

Las plantas de los pies mostraban cortes profundos y estaban manchadas de barro; además, tenía las espinillas arañadas por lo que parecían espinas.

Por la mañana, cuando se despertó, se miró los pies y descubrió que no tenía ningún rasguño. Durante un instante pensó que todo aquello había sido producto de su imaginación, pero entonces se fijó en que las sábanas estaban manchadas de sangre seca y de mugre.

39

En un intento de poner a prueba su cordura, decidió dejar las sábanas puestas, ir a la escuela y, cuando regresara a casa, comprobar si aún seguían sucias. Si estaban limpias cuando llegara del instituto, todo habría sido una mera ilusión y solo estaría un poco chiflada. Si, en cambio, estaban embarradas e inmundas, significaría que estaba tan rematadamente loca que era capaz de caminar somnolienta por la noche y manchar las sábanas de barro y sangre sin tan siquiera recordarlo.

Helena trató de desayunar un bol de yogur con bayas, pero no pudo ni con la primera cucharada, así que ni se molestó en coger el bocadillo para el almuerzo. Si más tarde le entraba hambre, ya compraría algo más apetitoso, como sopa y galletas.

Pedaleando su bicicleta de camino al instituto, se percató de que hacía un calor y una humedad insoportables por segundo día consecutivo. La única brisa que soplaba era el viento que se desprendía de sus propias ruedas. Cuando por fin ató la bicicleta en el armazón se dio cuenta de que no solo el aire estaba inmóvil y quieto, sino que los sonidos naturales, como el piar de los pájaros o el zumbir de los insectos, se habían evaporado.